




CHICA FÁCIL

CUENTOS

1a edición, 1995.

Espasa Calpe,
Buenos Aires.

2a edición, 1 .

Aconcagua,
Madrid.

 edición corregida, 2013.

Milena Caserola,
Buenos Aires.

BETTE DAVIS EN EL CUARTO DE BAÑO

Rudy corrió hasta el baño apenas terminamos. Me empezó a molestar esa costumbre suya, deliberadamente bestial, de enjuagarse mientras la última gota de semen le chorreaba entre los testículos. Me dejó tirada en la cama sin siquiera tiempo para advertir la calidad de su orgasmo. En el mejor de los casos, él debió haber supuesto que yo ya había tenido lo mío, esa chance de grititos entrecortados y efímera felicidad. Sorete, murmuré esa vez, las cosas no van a quedar así. Fue un pensamiento imbécil. Me sentía incapaz de hacer nada. Por supuesto, yo había acabado. Pero esa no era la cuestión. Me pasaba con frecuencia ante ciertos estímulos. Que saliera eyectado de la cama de ese modo era algo imperdonable, poco sutil y falto de glamour. No esperaba una escena romántica. Sólo un gesto convencional e hipócrita, la cortesía moderna del postcoito. Su fobia era como la un manual escolar muy básico, pero sobre todo me daba fastidio su falta de sinceridad. Honesto hubiese sido vestirse y atravesar la puerta con un esbozo de saludo. Lo de él fue una demostración de un mal gusto intolerable. Y de improvisación, cero de estrategia. La impunidad de las bestias. Este tipo, pensé, me da vergüenza.

A esta altura de la vida estaba lejos de la queja, la melancolía o la autocompasión. Había visto cosas peores. Rudy no era un mal tipo. Era apenas un hombre obvio. No me alteré: sabía que en unos minutos ya estaría fuera de mi departamento y, claro, de mi vida. Me equivocaba. Un sonido de agua me anunció que su lamentable estadía iba a durar por lo menos, unos cuantos minutos mas. Se estaba duchando. Mejor que se fuera limpio.

Decidí distraerme. Agarré todos los controles remotos que suelo tener al lado de la cama -en el piso, acomodados sobre mi alfombra gris, pulcra como pocas- y los usé para lo que servían. Música: un CD de Orb hizo que gruñera un cerdo. Perfecto. Tevé: un canal de cable transmitía una película con Bette Davis, me pareció que era La carta . Le saqué el sonido y la dejé adornando con sus destellos las paredes oscuras de la habitación. Me puse boca abajo, sólo concentrada en los graznidos de la música *ambient*. Podía olerlo o, mejor, podía reconocer el inconfundible olor a mango de mi jabón favorito. Con mi toalla negra envolviéndole el cuerpo, Rudy volvía a mi dormitorio. Cómo me gustan estas toallas gruesitast, me alabó, con una alegría infantil que me pareció patética.

Azorada lo vi volver a meterse en el baño. El ruido del secador de pelo flagelaba la música y me hacía sentir incómoda. Que mierda se está secando si es casi pelado. Quería que se fuese de una vez. Sucio, con olor a mí o a que le sudase de la piel: lo quería afuera, en particular de mi baño y en general de mi casa. Todo había sido puro y simple morbo. ¿Por qué continuarlo con una sesión prolongada en mi baño? Todo este rito me fastidiaba. Puerta, ya mismo, puerta, pensé, como en tantos otros momentos y, como siempre, no me animé a decirlo.

¿Cuántas veces lo habíamos hecho? Siete, diez, doce. Seguro que más de una. No tendría que haber existido ni una segunda, pero allí estaba, instalado como si hubiéramos tenido una relación

en vez de un prolongado malentendido. Tendría que haber sentido lástima por mi impotencia, pero la soberbia no me daba tregua. Mientras le ponía volumen a la tevé, un pensamiento empezó a machacarme la cabeza. Rudy estaba pasando más tiempo en mi baño que en mi cama.

Al rato apareció por el dormitorio y, como al descuido, me lo largó. Se quemó. Igual era de los baratos. En cualquier parte conseguís uno por diez dólares. No sólo me había quemado el secador sino que tenía el descaro de pasar por alto las disculpas y de refregarme que había comprado un electrodoméstico barato.

Rudy tenía que volver a la candidez de su hogar con buen olor y bien peinado. Estaba casado. Así que lo del baño duró un rato más. Me importaba menos su mujer que el amor inexplicable que le tengo a cada uno de mis objetos. No pude tolerar la idea de que él hubiese destruido alguno de ellos de una manera definitiva, brutal y para siempre. Fui hasta el baño. Sacudí el secador, lo apagué y lo prendí con insistencia, pero nunca más volvió a funcionar. Estaba irreversiblemente roto. Lo miré con desprecio, a mi secador y de paso también a Rudy, que ahora había agarrado mi gel nuevo que deja el pelo siempre húmedo y, sin exageración, estaba terminándose el pomo.

Volví al dormitorio con ganas de llorar. Desde la tevé, Bette me miraba fijo con una de sus inolvidables caras malditas. Entonces se me ocurrió. Estaban junto a mis controles remotos. No fue difícil. Los agarré tratando de no hacer ruido; en uno de los bolsillos traseros Rudy guardaba dinero suelto. Esta vez no tenía mucho, doscientos pesos y monedas. No quería abusar: tomé cien. Podría reponer mi secador y quizás comprarme algo más, alguna bombacha cara o las flores que a Rudy nunca se le había ocurrido traerme. En ese momento, de algún modo, yo era como una prostituta. Nunca había esperado una recompensa en metálico, pero como no

había ninguna otra clase de recompensa, el dinero me calmó. Quizás por haber correteado de chica entre monjas, me dio un poco de vergüenza. No sentí, sin embargo, la necesidad de pedir perdón.

Rudy finalmente se fue. Mientras se vestía sentí el temor que debe atormentar a los criminales después de cometer un delito. Pero no pasó nada. Rudy atravesó la puerta y seguí disfrutando de la película. Más que antes. Cuando el cartel de *The End* se imprimía en la pantalla, sonó el teléfono. Desde su celular, Rudy me preguntaba sin ningún tipo de prólogo si no se le habían caído cien pesos en mi alfombra. “Querido, le dije, si recolectás palmitos en Brasil durante mil horas, seguramente podrás recuperarlos”. Le corté sin epílogo y eché su billete por el inodoro: sólo quería fastidiarlo. Ésa fue la primera vez. Ahora lo único que espero es que entren al baño. Nadie lo nota. Piensan que son unos billetes extraviados, plata perdida en un descuido involuntario. A Rudy no volví a verlo. No creo que haya sido por lo del dinero. Lo nuestro ya estaba terminado.

RAP

Munro era el lejano norte. Nunca había conocido a nadie que viviera allí. Tenía el recuerdo infantil de mis compañeras de colegio yendo a comprar vaqueros fallados y más baratos, pero a mí, de chica, nunca me compraron vaqueros. Yo había vivido en un barrio y durante muchos años apenas salí unas cuadras de la calle principal. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que Molina tenía familia en Munro. Ahora vivía en el barrio de Lavapiés, en Madrid, donde daba clases de inglés porque acusaba una infancia en Los Ángeles y decía hablar esa lengua como la propia. Nunca supe si mentí: mi inglés era una mezcla de tartamudo con alemán del Este.

Lo conocí de paso por Madrid. En ese entonces él tenía algo más de treinta años. Molina era de esos platos fuertes, esas exquisiteces antropológicas imperdibles a las que de pronto le notas ciertas fisuras. Pero eso lo supe un poco más adelante.

En el momento no fue difícil acercarme. Molina acababa de separarse de una holandesa que le metía los cuernos en su propia casa con un argentino de Vicente López. Probablemente de allí nació ese resentimiento de Molina y su afición al rap, ese canto de guerra entre pandillas de barrios. Después de tanto traqueteo,

el hombre se sentía vulnerable a cualquier atención femenina. Su vulnerabilidad me confundió y, hasta cierto punto, me involucré.

Molina decía que era pintor. Eso para mí fue siempre un punto oscuro, porque en su casa sólo tenía un montón de marcos vacíos; nunca vi caballetes, pinceles, crayones, lápices, telas ni papeles. Me parecía que trataba de inventarse una identidad. Nada de eso me preocupaba, porque de él me gustaban las cosas menos espirituales. Tenía un buena cara y una piel cautivante; le faltaba un testículo pero su aparato genital funcionaba. Una de esas tardes me mostró un dibujo bastante malo. No le di ninguna opinión, sólo lo miré: el podía ser un genio o un fraude. Molina creía en mí. Me admiraba exageradamente y tomaba como palabra sagrada todo elogio a los esbozos de su obra.

Sus verdaderas virtudes eran otras. Por ejemplo, cocinaba. Sus pollos a la cacerola fueron lo más inolvidable de nuestra relación -sobre todo por lo que me costó adelgazar los tres kilos que aumenté comiéndolos-.

Creo, sin embargo, que nunca llegué a conocerlo. Un buen día empecé a encontrar en sus acciones unos atisbos de miseria que me arrastraron al más hondo desconsuelo. Me llevaba a comer pizza y, si yo no comía una aceituna más que él, me obligaba a pagara un diez por ciento por sobre la mitad. Algunas veces, cuando íbamos a algún multicine de Madrid -siempre me llevaba a los Ideal, dieran lo que diesen-, yo iba a comprar las palomitas que a él le gustaban y cuando volvía a la butaca no lo encontraba. Otra, cuando íbamos a alguna discoteca y nos encontrábamos con una figura del jet set, él me llenaba la pierna de moretones, azuzándome para que fuéramos a saludarla.

Alguna vez lo encontré llorando, tendido en su cama porque acababa de pelearse con su ex mujer, a la que le había tirado en la cara una jarra de cerveza -que según me contó, era importada-.

Ciertos comentarios me empezaron a alertar sobre su oculto resentimiento, cierta idea un poco vaga de que la vida le debía algo. Decía cosas tales como *Esta fiesta estaba llena de gente con cuatro títulos universitarios o Me gusta llevar una vida espartana o Volvés a decir eso y te parto el diente cariado*.

No se trataba de lo que decía en sí, sino del odio que salía de su boca, que desbordaba las fronteras de su mirada, oscura como pocas.

Molina también era fanático de los objetos militares, aunque decía detestar la ideología militar. Una coartada sospechosa pero tranquilizadora. Sin embargo, era capaz de pasarse horas en una tienda de armas o andar vestido por la calle a la mañana muy temprano -en realidad a cualquier hora del día- con ropa de camuflaje. Tenía una colección de navajas y gorros de distintos ejércitos, pero nunca llegó a parecerme peligroso. Al principio estas extravagancias me divertieron, luego me fascinaron completamente, más tarde empezaron a desconcertarme y, por fin, me llenaron de un sentimiento repulsivo que -doy fe- no tuvo límites.

Pero eso fue después, un poco después. Todavía esas cuestiones eran unos datos sin evaluar. En ese momento yo no juzgaba y regresaba, porque no tenía más remedio, a mis actividades en Buenos Aires,. La primera noche que dormí sin Molina tuve tanto miedo de no volver a verlo que, sin darme cuenta, volvía a rezar. Con oraciones improvisadas, tal vez blasfemas, le pedí a Dios que hiciera un milagro. No sé si fue la casualidad o el tono imperativo de mis súplicas: a los pocos días Molina viajó a Buenos Aires para visitarme. Por ese entonces todavía subestimaba sus manías y lo esperaba con ilusión quinceañera.

El primera día vestía un saco azul con galones de marino. Había cambiado de arma; a mí me daba igual. Nos abrazamos sin besarnos. Ni siquiera se quitó el saco azul de marino, pero yo

pensaba que todo el amor que sentía podía trascender cualquier necesidad de roce con la piel. Me puse un sombrero y nos fuimos a cenar a un restaurant de moda. Entre bocado y bocado, Molina me dijo que quería hacerme el amor despacito; después se olvidó y, supongo que por lo del largo viaje, se quedó dormido. Cuando despertó, tuvimos dos días idílicos: yo le preparaba el desayuno y le daba jugo de frutas de cartón y él no se quejaba; lo llevaba a fiestas con mis amigos y él se desvivía; hacíamos el amor varias veces por día y hasta empezamos a no usar más preservativos; por las noches yo dormía sin necesidad de somníferos, acurrucada junto a su cuerpo aceitinado.

Hasta aquí era una historia bastante vulgar. Un día todo empezó a complicarse del modo más estúpido. Una tarde yo tenía una reunión de trabajo, iba a salir y él se iba a quedar en mi casa, mirando películas. Había prometido que cuando empezara a oscurecer iba a preparar uno de sus exclusivos pollos. La ilusión de esa comida hizo que estuviese desconcentrada durante toda la reunión, sintiendo que el tiempo no pasaba nunca. Tenía una idea fija: quería verlo cocinar uno de sus pollos en mi cocina. Cuando por fin llegué a mi casa, las luces estaban apagadas. Molina las había apagado y se había ido. Lo llamé indignada a la casa de sus padre en Munro. Me explico: *Me fui porque no tenía plata para comprar cebollas.*

Le exigí que viniera inmediatamente a cocinarme: eran más de las once y yo no había cenado. Cualquiera podría haberse dado cuenta de que la comida era una excusa para que volviera, pero Molina tenía una particular manera de entender mis palabras. Me dijo que eso era imposible porque ya estaba harto de viajar en colectivo de la casa de sus padres a la mía, es decir de Munro al centro. Tan harto estaba que me cortó. Esa fue la primera vez que lo hizo. Todo me causaba gracias, pero, no sé por qué, me enfurecí.

Mi inexplicable ira llegó a límites extremos cuando advertí que se había llevado otro juego de mis llaves porque había olvidado el suyo y tenía que abrir la puerta de abajo. Pensé en olvidarme de todo e irme al cine, pero en cambio volvía a llamarlo y le ordené que se presentara al día siguiente para devolverme lo que era mío. Su límite eran las 9 de la mañana.

Dormí profundamente gracias a los somníferos -había duplicado mi ración- y me desperté a las 9 y 5. Molina todavía no había aparecido. A las 9 y 10 llame al cerrajero y le pedí que cambiar la combinación de mi trabex. El asunto no fue sencillo porque no sé qué le pasaba a la cerradura y el hombre tardó mas de lo previsto. En el medio llego Molina: entro, saludó al cerrajero y me preguntó si estaba loca. Yo gimoteé algo, manoteé mis llaves -Molina me había traído los dos juegos- y le dije que se fuera a la mierda.

A partir de es día no volvimos a mirarnos a los ojos. Sólo hablamos por teléfono. Hubo intentos recíprocos de disculpas, insultos, malos entendidos, pero nunca más una palabra de amor. Llegamos al punto de llamarnos y cortarnos mutuamente diez veces por día. Para no faltar a la verdad, debo decir que la que llamaba era yo y el que cortaba era él. Yo no sabía para qué lo llamaba: necesitaba hacerlo. Él era cada vez más y más grosero, pero yo lo seguía llamando. Nunca tenía claro qué quería decirle. Quizá sólo quería escuchar su aliento o calmarme con el sonido de su voz. Me sentía Glenn Close en *Atracción fatal*. Me avergonzaba la idea, pero no podía evitarlo. Había pasado del amor a la obstinación. No había retorno. Molina ya era mi enemigo.

Finalmente se fue a Madrid. Sin despedirse. Con el tiempo, la sola mención de su nombre me provocaba una ronchas coloradas o un ataque de congoja que me duraba varias horas. Todo mi círculo íntimo tenía prohibido nombrarlo.

Tuve que volver a Madrid y él se las ingenió para cruzarse en mi camino. No creo en las coincidencias: eligió el mismo restaurant que yo a la hora de la cena. Me hizo llegar a la mesa una copa de absenta, una bebida amarilla que, según Molina, es más fuerte que un ácido. La verdad, a mí la absenta sólo me producía mal aliento. Pero esta suerte de bandera blanca etílica me conmovió y actuó como un simbólico purgante. Casi pude perdonarlo, y hasta me acerqué a su mesa para agradecerle.

A los pocos días me llamó al hotel para invitarme a su casa. Quería mostrarme sus nuevas pinturas. *Desde que volví de Buenos Aires me puse a pintar como loco.* Arreglamos una cita para dos días después y fue así como me encontré una tarde en su casa mirando una serie de papeles pintados por él. Creo que Molina pintaba en papel para no gastar en tela. O tenía óleos, sólo una acuarelas de colegial. Eso podría haber sido un estilo, aunque no en su caso. Los papeles, la mayoría de colores, contenían unos trazos muy básicos, bocetos de lo que con fortuna podría llegar a convertirse en una obra.

Nunca hablamos de lo que había pasado. Parecía estar realmente dispuesto a ser mi amigo. Yo no. Lo de la absenta ya lo había olvidado. Él actuaba con naturalidad hablaba sobre cada uno de sus papeles; y yo tramaba algo.

Molina cubrió el piso con sus obras. Cada vez que me mostraba una, me hurgaba la mirada para encontrar alguna aprobación, algo que le confirmase de una vez que él era un genio. Molina seguí creyendo -después de todo creía aún- en el valor sagrado de mi palabra. No dije nada. Sólo señalé un cuadro azul con dos hombrecitos dibujados en blanco y le comuniqué que se lo compraba. Molina no podía creerlo. Intuía que era demasiado, que no se lo merecía. Hicimos un trato. Yo le compraría un caballete -acordamos que no costaría más de cierta cifra-; el, a cambio, me

daría la acuarela. El cuadro no valía ni un tornillo del caballete pero me divertía poder fundar a Molina, hacer que por mí y por unos pocos pesos él creyera que era pintor, y un pintor que cotizaba. Molina mismo compró el caballete, que costó algo más del dinero acordado: alrededor de cien dólares. Se lo pagué sin reclamos. Me invitó a comer a un lugar árabe con precios de menú fijo. Comimos rápido y quedamos en que por la tarde pasaría buscar lo que había comprado. Cuando fui a buscar la obra, Molina la había empaquetado como si hubiera sido un Lichtenstein legítimo. Se lo agradecí y me despedí rápido. Sabía que nunca más iba a volver a verlo.

Bajé las escaleras atolondradamente. Cuando llegué a la puerta de calle del edificio de Molina, desempaqué el cuadro. Agarré el papel y, desde su centro exacto, comencé a arrugarlo. El papel chillaba; el ruido me hacía rechinar los dientes pero estaba dispuesta a terminar lo que había planeado. Enroque el papel sobre sí mismo hasta de los hombrecitos desaparecieron y lo convertí en el bollo que siempre debió haber sido una pelota azul, liviana y prescindible, que me cabía en una sola mano. Eso no fue todo: el bollo se convirtió en una bola luminosa, porque le prendí fuego. Me quedé con el tubo -podía servirme para algo-. Miré hacia arriba, había el balcón de Molina, y lo llamé a los gritos. Él se asomó y me sonrió como por instinto. Le mostré el contenedor de basura donde había depositado el bollo azul que crepitaba y salí corriendo. No sé que habrá hecho de su sonrisa, porque corrí y corrí y en mi largo camino me esforcé por no mirar para atrás. Y juro que no lo hice.

NO EXISTES

Nuestra piscina del Caribe estaba rodeada por unas palmeras gigantes. Cada vez que me deprimía, me concentraba en la tercera de la izquierda y pensaba en ahorcarme. No sabía con exactitud de cuál de sus hojas: trataba de adivinar cuál sería la más fuerte porque temía que el peso de mi cuerpo la rompiera y que mi deseo de morir se redujera a una pirueta absurda y, sobre todo, sin las esperadas consecuencias. Lo curioso es que Mauricio nunca se enteró de nada, mucho menos de que mi deseo de morir sólo se relacionaba con esa especie de amor enloquecido que le profesaba, un amor loco y no correspondido. Es más: con el tiempo, Mauricio llegó a confesarme que había pensado en matarme para deshacerse de mí porque no existían palabras o razones que yo entendiera para aceptar su abandono. No mentía. Mauricio trataba de dejarme pero se arrepentía y en su juego de ida y vuelta yo sabía que siempre volvería. Teníamos nuestro particular imán de la muerte, una joya recibida desde el inicio de nuestra relación. Con respecto a su idea de matarme, a Mauricio le faltaban agallas para todo, para amar y para matar. Esa precisa debilidad, lo confieso, fue lo que me llevó hasta el borde del sacrificio.

Mauricio y yo fuimos arrojados al Caribe socialista como parte de un raro experimento por el que debíamos vivir aislados en el medio de un campo de naranjos. Allí estaba el edificio blanco y rectangular donde quedaban nuestras habitaciones. Entre los naranjos y el edificio estaba nuestra piscina. Nos conocimos en el vuelo de ida, Buenos Aires-La Habana, y cuando nos trasladaron al edificio blanco ya nos habíamos contado nuestras vidas. Aunque el lugar donde debíamos vivir durante seis meses prometía desquicio y soledad, pasamos la primera noche sin contarle el uno al otro el miedo que daba el futuro entre esas paredes. Eso sucedió un tiempo después, cuando la confianza llegó al punto en que nos atrevimos a compartir nuestras comidas y nuestras sábanas.

Entre tanto, pasamos la tarde quejándonos de nuestra idea de haber aceptado ese plan y, a medida que pasaba el tiempo, íbamos confirmando que ese marco no nos resultaba propicio para ningún tipo de aprendizaje y mucho menos de diversión. Por eso decidimos urdir nuestras vidas en un tácito pacto de supervivencia que nada tenía que ver con el amor. Nos empezamos a sentir verdaderamente unidos cuando me pidió prestados cien dólares y me los devolvió con la puntualidad prometida. Nuestra alianza se basaba en la comodidad, o -también puede pensarse así- en la conveniencia. No nos unía muchas cosas pero, por lo menos, hablábamos el mismo idioma.

Mauricio era muy petiso y eso fue algo que, para mi asombro, a todo el mundo le producía una gran curiosidad. Cuando caminábamos por el Malecón, siempre había algún mulato de músculo duro y trabajado que me tentaba guiándome un ojo, casi preguntándome qué hacía alguien como yo con un hombrecito como Mauricio. Otras veces, cuando hacíamos cola para comer pizza o tomar un helado, Mauricio casi no llegaba al mostrador, por lo que yo debía darle su cucurucho o su porción prácticamente en

la boca, y semejante gesto no pasaba desapercibido para nadie. A Mauricio le gustaba mucho tomar ron; el de las mejores marcas estaba en los bares de los hoteles internacionales. Mauricio tenía la manía de querer tomarlo en la barra y el mozo, gentil al extremo, como todo el mundo en el Caribe socialista, le ponía un almohadón para evitarle la molestia de tener que estriar su cabeza para lograr que su boca rozara el vaso. En todas esas salidas me resultaba insólito escuchar con frecuencia comentarios como *¡Qué pareja tan rara! El es tan chiquitito...*

Es cierto, era chiquitito; pero tenía unas manos perfectas y su mirada torva podía paralizar a un gigante. Nunca me importó demasiado lo que decía la gente, pero esos rumores -confieso- me perturbaron un poco. Me las ingenié para que Mauricio y yo saliéramos cada vez menos de la zona del experimento. Lo convencí diciéndole que, salvo en el edificio blanco, en ninguna parte del Caribe socialista había aire acondicionado. Mauricio sudaba mucho y detestaba el calor: no me fue difícil disuadirlo. En el edificio blanco nadie reparaba en su estatura y, quién sabe por qué virtud inexplicable, de esas con las que cierta gente nace, Mauricio era ante los ojos de todos un hombre encantador. Todo el mundo quería ser su amigo y todo el mundo, también, buscaba su consejo, aún para aquellas cosas sobre las que Mauricio, en otras circunstancias, ni se hubiese atrevido a opinar.

El desbordante amor que el prójimo le profesaba lo colmaba de una especie de soberbia que le daba respuestas para todo. Algunos hasta empezaron a pensar que era un genio, un talento inexplorado. En la intimidad, sin embargo, Mauricio era muy distinto y nunca dejó de resultarme curioso -hasta me enervaba- esa injusta manía que la gente tenía con él.

Ellos no lo conocían. Mauricio era tirano, vago, egoísta, sucio y se emborrachaba con una frecuencia preocupante. Para desa-

rollar sus ideas tartamudeaba y podía pasarse horas frente a un papel sin poder esbozar nada. No es que después de manera mágica, la inspiración lo despertase; después el papel seguía blanco, hasta que yo le contaba una idea y él la escribía. Muchas noches tuve que acostarlo inconsciente; por la mañana juraba no recordar nada. Su afición al alcohol y a la mugre tendrían que haberlo convertido ante mis ojos en un ser despreciable. Pero ya era tarde. Yo había roto el pacto. Me había enamorado.

No sé bien cómo pudo pasarme. La explicación que fui encontrándole con el tiempo me llevaba a una sensación muy primaria como si Mauricio hubiera sido el último hombre y yo lo hubiese elegido para salvar a la especie –más bien a mi especie: es decir para salvarme y también para redimirme-. Empecé a pensar la vida como un juego de compensaciones y me fui dando cuenta de que con Mauricio sólo se trataba de eso, de tumbar hacia un lado la balanza. Cuando Mauricio supo de mi amor se sintió culpable por extraño que parezca lo aceptó con sumisión, como si rechazarle no hubiera estado entre sus posibilidades. Eso fue al principio. Después todo fue distinto; después, también, se hizo tarde para todo. Nuestra relación fue convirtiéndose en algo exterior, en algo que actuábamos para los demás, pero en nuestra secretada rutina sólo estaba su desprecio y mi desesperación. Sólo nos mirábamos de frente cuando hacíamos el amor, creyendo cada vez que era la última. Estos ejercicios y sus variaciones fueron los que nos mantuvieron unidos y, al mismo tiempo, aceleraron nuestro final.

Para calmarme solía nadar. Luego me tiraba al sol, me calzaba el ipod y escuchaba siempre la misma canción...*alguna vez fue que planeamos/hacernos todo el daño de una vez/gritando una sentencia desafiante...* Nada más exacto. Porque yo no sufría mi relación con Mauricio: estaba pagando algo, eso era lo correcto. Mientras tanto, él estaba ahí, recibiendo lo que le daba y a la vez

despreciándolo. Los dos estábamos incómodos, pero ninguno se movía. Las cosas podrían haber seguido así si no hubiera sido porque una vez, mientras estábamos haciendo el amor, Mauricio metió mano –como solía– en mi culo y se encontró con un pequeño trazo de papel higiénico con supuestos vestigios de caca. Sí, caca mía. No se horrorizó: empezó a reírse, sin parar, hasta que se quedó dormido, y esa risa fue más humillante que cualquier insulto.

Me vestí rápido. Me sentía muy avergonzada. Pasé por mi cuarto y me dirigí, sin dudarlo, a la tercera palmera de la izquierda. Busqué entre las hojas y elegí la que me pareció más fuerte. Cuando estaba haciendo el nudo, supe que a la soga podía darle un uso superior. Volví al edificio blanco, específicamente al cuarto de Mauricio. Seguía durmiendo. Empecé a atarlo: primero fueron las manos entre sí, luego a los barrotes de la cama. Lo mismo hice con los pies y con lo que me quedó de la soga le envolví el cuerpo, haciendo especial presión en el pecho y en el cuello. Tan delicados fueron mis movimientos que no despertó. Con una cinta adhesiva que Mauricio siempre guardaba en su portafolios le tapé la boca y me fui, no sin antes mirarlo desde la puerta de su cuarto. Sabía que cuando volviéramos a vernos podríamos reírnos los dos.

Volví a la piscina a nadar. Pasé de largo todas las palmeras. Entre brazada y brazada pensaba qué sentiría Mauricio cuando despertase. No sé exactamente como lo encontraron. Lo cierto es que cuando iba por mi tercer largo de pecho, escuché una sirena. Después se corrió el rumor que una mucama distraída había entrado a arreglar el cuarto; parece que la visión de Mauricio atado y boqueante la asustó tanto que no supo si llamar a la policía o al hospital. Por cómo ocurrieron las cosas, infiero que se decidió por lo último porque, mientras nadaba, además de escuchar la sirena, vi unos enfermeros. Estaban sacando a Mauricio de la casa blanca. Lo iban a meter en la ambulancia.

Salí corriendo del agua y me envolví en una toalla. No quería provocar ningún escándalo (por ese entonces yo nadaba desnuda). Llegué a su lado, lo miré y le sonreí. Mauricio no me devolvió la sonrisa. No sé si estaba medio muerto o simplemente enojado. Nuestros ojos se cruzaron: él me dejó para siempre su mirada torva y yo le entregue para su eternidad mis ojos vacíos. Fue un buen intercambio. De todos modos, dejé de lado el rencor. Les hice señas a los enfermeros para que se detuvieran un momento, me agaché y le dije bajito al oído: *Que te mejores*. No sé si me habrá escuchado. Nunca hice nada para averiguarlo. Sólo sé que todavía vive en la isla, beneficiario de una generosa subvención para minusválidos.

PALABRAS

ROBADAS

Todo empezó cuando me quedé por primera vez sola en su departamento. Era la cuarta o quinta vez –no recuerdo bien– que lo veía. En realidad nos conocíamos desde hacía ya medio año, pero no nos visitábamos en nuestras casas y recién en esos días decidimos blanquear nuestra relación. Nos dejamos de dar vueltas, nos sacamos la ropa, nos metimos en su cama e hicimos el amor, mas o menos seis horas. Estuvo perfecto. Sin embargo, Moisés me lo dijo un tiempo después, cuando cierta confianza lo autorizó a ser atrevido y a no andar con reparos. Me dijo: *La primera vez que te vi me quedé mirándote el culo, francamente impactado*. A mí, en cambio, de Moisés me gustaba todo. Me seducía su manera de sentarse frente a la computadora y escribir, su manía por el orden de las cosas, su manera de contar historias, el modo en que se las ingeniaba para parecer siempre ocupado cuando nunca tenía nada que hacer. También apreciaba quizá sin mucha justificación, su sonrisa de caballo y la redonda precisión de sus nalgas. En esto último, es evidente, estábamos empatados.

Vivíamos con esa leve alegría que dan los sentimientos cuando parecen ser recíprocos. Esos seis meses previos habían preparado

nuestras hormonas como para hacer difícil cualquier vida fuera de la cama. Sin embargo, los dos teníamos otras ocupaciones. Así que esa mañana Moisés -que siempre mostró más fuerza de voluntad que yo- no tuvo más remedio que sacar a pasear a su perro. El animal estaba entre agobiado y enloquecido por el encierro forzado y -es hora de que lo reconozca- a mí su existencia me daba un poco de celos. Moisés le prestaba una atención desmesurada. Estaba pendiente de sus horarios y de sus ladridos; le daba besos en la boca y después, sin limpiarse, pretendía besarme a mí. El rito me resultaba intolerable y asqueroso pero no me animaba a reconocerlo ante mí misma y mucho menos a hablarlo con Moisés. Cuando intentaba besarme en esas circunstancias, daba vuelta la cara haciéndome la juguetona o apretaba los dientes pretendiendo estar dormida. Con el tiempo logré que Moisés no sintiera culpa por encerrar al perro en la cocina y permitir que un entrenador se ocupara de él. Más adelante, cuando su confianza ya fue total, conseguí que lo cediera de por vida a los caseros de una quinta en Bella Vista.

Esa mañana el perro todavía estaba entre nosotros. Cuando lo llevó a la plaza y me quedé sola en su casa, tuve la oportunidad de encontrar aquello que se convertiría en el detonante de la relación. Siempre fui curiosa y nunca fingí tener escrúpulos así que, ni bien escuché que Moisés cerraba la puerta del ascensor, salté de la cama y me tapé el cuerpo con su bata de paño marrón; había decidido revisar su casa. Como también tenía ganas de hacer pis, lo lógico fue empezar por el baño.

Es increíble lo que se puede conocer de una persona cuando se descubre qué tipo de jabón usa, cuál es el calibre de su papel higiénico, de qué color y calidad son sus toallas o qué clase de cremas y cosméticos guardan sus estantes.

Desde este punto de vista, Moisés era bastante austero y un

tanto extraño. En su baño solo había un jabón negro de glicerina -el mismo para el lavatorio y la bañera-, no tenía a la vista ningún champú, el botiquín estaba casi vacío había un único cepillo de dientes pero numerosos hilos dentales de marcas para mi desconocidas. Un par de toallas, raídas -me parece recordar que eran violeta claro estampadas con blanco; el toallón y la toalla, eso sí, hacían juego- aparecían juntas y con olor a humedad colgadas de un gancho. En la bañera había unas calcomanías con forma de sirenita; pegados en los azulejos junto al inodoro había una foto de Fito Páez recortada de una revista y un retrato de Sai Baba en el que predominaba el color naranja. Curioso: a estas alturas no había nada que pudiera inquietarme. Por lo demás, supuse que los perfumes y el desodorante (por ese entonces todavía pensaba que debía usarlos) estarían en algún lugar de privilegio de su guardarrropas. Pero eso no era lo que me interesaba. Estaba ansiosa por revisar sus papeles, por recorrer sus escritos, quería encontrar las palabras que me completaran los pocos datos que hasta entonces tenía de su vida. Porque Moisés me había dicho que era escritor. Quería buscar en sus textos una clave reveladora que me permitiera conocerlo.

Después de orinar, y de echar ese vistazo general y sin consecuencias a su baño, fui directo a la zona de la casa donde Moisés, me había contado, trabajaba. Lo que aparecía a simple vista era tanto y tan prometedor que no supe por dónde empezar. Pilas de libros, carpetas colmadas de hojas, muebles que hacían de archivos, papeles sueltos, una computadora encendida y una pared de corcho con papelitos pinchados eran los más sobresaliente del decorado. No sé qué clase de intuición hizo que dirigiera mi atención a un cuaderno de marca escolar con tapas color naranja. Estaba puesto como al descuido sobre la mesa en el que yo suponía que Moisés trabajaba. No sé si fue una casualidad o un señuelo.

Estaba segura de que Moisés sabía que yo haría exactamente lo que estaba haciendo. Fui directo hasta el cuaderno anaranjado y lo abrí: era su diario. La indicación de las fechas y los lugares que precedían a los textos no dejaban lugar a dudas.

Me tomé un tiempo antes de empezara a leerlo. Algo de embriagante me frenó. Recorrí sin detenerme en las letras cada una de las hojas blancas atiborradas de palabras escritas con un bolígrafo azul. Lo primero que sentí –quizá suena narcisista- fue una incontrolable emoción: yo también tenía mi propio diario.

Que él llevara el suyo parecía una señal para el inicio de una próspera relación. No me parecía común que las personas hicieran ese tipo de cosas, sobre todo en edad adulta, por lo que es hallazgo me hizo pensar que estábamos hechos el uno para el otro. Me puse a leerlo, sabiendo que esa acción no era tal vez la más adecuada, pero no pude evitarlo.

Empecé por el final. Fue un alivio encontrar mi nombre escrito en las últimas páginas. Hablaba de amor y hablaba de mí. A esa declaración le seguía una impúdica lista de elogios sobre mi persona que en otro momento hubiese juzgado inverosímiles. Retomé la idea de que Moisés podía haber dejado el cuaderno para que yo lo leyera y así euforia se redujo. A lo mejor Moisés no se animaba a decirme que sentía y esa era una manera cómoda de declaración. Cuando volvió de pasear al perro, traté de que me repitiera eso que yo había espiado en su diario. Mis intentos fracasaron. No sólo no dijo nada: alivió la situación relativizando los alcances de la relación acotando la profundidad de sus sentimientos. Estaba desconcertada. En principio, elegí creer la confesión del diario. Era más conveniente y, sobre todo, más halagadora. Recordaba que me había hablado de un pasado infeliz en su relación con otras mujeres. Quise creer que se estaba cuidando antes de pronunciar cualquier cosa que desprotegiera su corazón y lo dejara a la intemperie.

Al día siguiente, Moisés se levantó y fue a bañarse. Yo estaba muy nerviosa porque sabía lo que haría apenas el cerrera la puerta, pero por un momento me distraje. Era verano y esa mañana Moisés emanaba un fuerte vaho, una mezcla de ajo con sudor. Por primera vez me resultó desagradable. Era raro que alguien como él pudiera oler así. No sé por qué no me dejé llevar por esos primeros olores: si lo hubiese hecho, me habría ahorrado una buena parte de lo que vino después, un tiempo colmado de infortunio. De todos modos, tratando de minimizar la acidez de su transpiración y de su aliento, busqué el cuaderno. El perro daba vueltas por ahí y empezó a ladrar. Lo tenía previsto. Saqué de mi bolso un poco de algodón y un frasco con formol. El perro lo olió, hizo unos ruidos raros y se quedó dormido. Volví al cuaderno, a las últimas páginas. No había escrito nada nuevo. Ya era tiempo, entonces, de enterarme de su pasado.

Al azar elegí algunas hojas y me dispuse a leerlas. En ellas encontré la oscuridad que surcó una pista de miedo. Tragué saliva. Era demasiada información para unos pocos minutos. Cuando estaba terminando de leer, la puerta del baño se abrió. Moisés salió. No supe cómo mirarlo. Después de todo, ¿quién era ese hombre que ahora se arrimaba a besarme con olor a dentífrico?

Un velo, que quizá siempre había estado flojo, cayó. En ese momento, dejé de creerle. Me preparé para recibir, cuando menos lo esperase, un cuchillo por la espalda. Podría haber salido corriendo pero decidí quedarme, quería ver hasta dónde llegaba. Hasta dónde llegaba él y hasta dónde llegaba yo.

Había descubierto que Moisés llevaba la vida por dos carriles. Uno era el del tiempo que compartía con los demás y el de las acciones que desplegaba para relacionarse; el otro era el de su pensamiento sobre ese tiempo y esas acciones,, las palabras de su diario. Moisés siempre tenía una fuerte intención escondida,

tapaba cada vez una carta que no jugaba, guardaba un arma cargada lista para disparar y dar en el blanco. No desplegaba ninguna acción ni se involucraba con nadie -salvo su perro- que no le reportara un beneficio inmediato. Ninguno de sus sentimientos eran verdaderos. Hombres y mujeres eran para él débiles personajes a los que se pretendía mover según su conveniencia o su estado de ánimo. En un carril era un ángel; en el otro, un monstruo. No tenía idea de cómo quería vampirizarme. Pero para mi alivio y tal vez para su consternación, yo ya conocía sus dos caras. Pero él aún no lo sabía. Para Moisés me convertí en una persona desconfiada; nunca supo por qué se había operado en mí semejante cambio. La relación, de modo inevitable, se fue poniendo tensa. A Moisés parecía no importarle demasiado; yo sufría. Me había convertido en la víctima de mi propio experimento. Hasta que llegó el momento de decir basta.

Una noche estábamos en su casa -por ese entonces el perro ya vivía en Bella Vista- y el plan era cenar allí, pero Moisés no tenía intención de cumplirlo. Me dijo que tenía una impostergable comida familiar y así, casi sin darme cuenta, me despidió de su casa, no sin antes acompañarme hasta la puerta y saludarme con una de sus estudiadas caras de ángel. Sabía que me estaba engañando. Su farsa, sin embargo, no podía durar mucho. Al día siguiente encontraría la verdad, implacablemente registrada en su diario. Así fue. Moisés había escrito, más o menos lo siguiente: *Con una excusa estúpida como es ella, la despedí en menos de dos horas. No veía el momento de quedarme solo. Me metí en la cama y me masturbé. No hay nada mejor que una buena paja.*

No sé si tenía razón o no, no me importaba juzgarlo. Sólo quería terminar con ese juego. Esta vez no disimulé y lo esperé con el cuadernito en la mano. No nos dijimos ni una palabra, pero entre nosotros vibró una energía que delataba la situación. Le pedí que

se sentara, le alcancé una birome azul y empecé a dictarle: *Ella me pidió que me sentase y que me pusiese a escribir; mientras lo hacía, sentí cómo su saliva chorreaba por mi frente.* Después de escupirlo me fui. Lo único que espero es que con esas gotas de agua que saqué de mi boca no se haya borroneado ni una sola letra de mi prolijo dictado. Hoy por hoy, sobre Moisés escucho nada más que rumores, parece que anda solo y que volvió a buscar al perro.

PEDRO

No sé si está bien hablar de los muertos, Porque él está muerto. Tampoco es una cuestión entre el bien y el mal. Además, yo no lo maté. Fue un accidente, y también una cuestión de tiempo. Quién sabe de qué hubiese sido capaz si aquello terrible no hubiese ocurrido. Él encontró la muerte en una ruta brasileña y no por mi propia mano, como se lo había prometido. Volvía de unas vacaciones clandestinas con su amante y el accidente le desfiguró el cuerpo como si mi maldición lo hubiese quemado con toda furia. Su belleza quedó ennegrecida por el fuego. El auto se incendió a causa de las torpes maniobras de su volante. Él murió en el acto, ella vivió sin esperanzas algunas horas más. No fui a su velorio de cajón cerrado ni a su entierro. Sus amigos no me lo perdonaron. Le pedí a una vecina que le comprara unos jazmines -nuestra flor favorita- y que los depositara sobre su tumba que -por ese entonces, supongo- debía ser un anónimo montículo de tierra. Una cuestión de distancias me frenó. Su familia decidió enterrarlo en Moreno yo no me manejo bien fuera de la Capital: los suburbios me dan más aprensión que los cadáveres. Más allá de eso, debo reconocer, la noticia me tomó por sorpresa y, claro, me entristeció. Por otra parte, yo no sabía muy bien si debía llorar por su muerte

o por su traición; decidí, en consecuencia, no llorar. Enmudecí durante varios años. No es que dejara de hablar: simplemente las palabras que pronuncié a partir de entonces carecieron de sentido. No tenía responsabilidad sobre ellas, lo único cierto era mi silencio, las palabras fueron el ejemplo de cómo abandoné el timón de mi vida y la dejé circular en una deriva de frivolidad y superficies fáciles. Si volvía de ese dolor, ¿quién podría detenerme? Pero la historia que importa ocurrió antes, antes de su muerte y de mi silencio: cuando él podía vivir y yo podía hablarle, cuando él podía humillarme y yo podía jurarle que la próxima vez iba a matarlo. Nuestra historia fue una sucesión de amenazas y promesas no cumplidas. El destino me arrebató una iniciativa y nunca pude perdonarme esa falta de olfato. Aunque -pensándolo bien- quién sabe si hubiese llegado a tanto.

Después de nuestro segundo aniversario pasamos un verano triste. Nos separamos. Ni él me dejó ni yo lo dejé: fue un abandono silencioso que se consumó con una viaje mío, un recorrido inútil por algunas ciudades europeas.

Los dos sabíamos que a mi regreso ya no habría más vida juntos. Pude comprobar que la distancia produce unos efectos impredecibles sobre las personas. En el avión me sentí tan desolada que empecé a escribirle la primera carta de una frondosa correspondencia que nunca envié. A él no le gustaba leer (recuerdo que cuando nos conocimos sólo tenía en su casa dos libros, producto del olvido de una novia anterior), entonces tenía que hacérselo fácil, ser más práctica y directa: había que usar el teléfono. Eso hice, pero esperé un poco. Me até los dedos y me até la lengua.

Pasé de largo la primera ciudad -creo que fue Amsterdam- y no lo llamé. Cuando llegué a París, en cambio, lo primero que hice fue comprar una tarjeta de llamadas baratas y lo segundo, marcar los números de su teléfono. Esperé un tiempo que me pareció sin

fin hasta que él contestó, con esa rudeza que tan bien le conocía. *¿Quién es?* Casi sin saludarlo le pedía que viniera. Me explicó algo: no tenía dinero para el pasaje. No me importó; le sugerí que vendiera lo que tuviera -su auto, por ejemplo-. Sólo quería volver a verlo. Quedé en llamarlo a los dos días. Era el límite para que me diera una respuesta. El tiempo pasó entres museos y cines: con una puntualidad que nunca había ejercitado, volví a llamarlo. Me dio su línea aérea, su número de vuelo y su fecha y hora de llegada. Tuve un súbito ataque de alegría. No contaba con que respondiera así a mi pedido. Pero el pánico no tardó en llegar. Volví a ver nuestra vida pasada con el detalle de un microscopio. Y no me gustó lo que vi. Sobre todo, no imaginé que el futuro pudiese ser mejor. Había sido una idea infantil y no sé por qué motivo él se había dejado. Llevar. Volví a llamarlo, otro tono -más previsible, menos entusiasmado- en mi voz: *Mejor que no vengas*. Por primera vez dejó su rudeza de lado y me contestó que no me hiciera problema. El podía emprender su propio viaje. No me necesitaba. Lo que le dije le había dolido, estoy segura. Quizás había sido un poco bestial. Decidí retractarme. Volví a llamarlo y le pedí disculpas. Hicimos una cita: nos encontraríamos en el aeropuerto. Allí estaría yo, esperando la llegada de su vuelo. A lo mejor podríamos volver a empezar.

No sé si fue el despertador o mi inconsciente, pero me quedé dormida. Llegué media hora tarde: lo vi esperando con su maleta azul frente a los mostradores de Air France. Nos abrazamos con una emoción inesperada. Ninguno de los dos sabía que en ese momento comenzaba nuestra caída definitiva. En su maleta no traía mucha ropa, sólo dos mudas, pero era muy pesada. Había logrado contrabandear una cantidad de mercadería que fabricaba: objetos de plata. Porque él era artesano. Llegamos a la casa e hicimos el amor, pero lo olvidamos rápido. Nuestros cuerpos no

respondían a los viejos mandatos. Cada poro sabía que algo se estaba terminando. De todos modos, los dos decidimos callarlo y sellamos un pacto.

Los primeros días salimos a caminar y él me obligaba a entrar a los negocios para ofrecer sus artesanías. Me sentía bastante rara tratando de vender *bijouterie* en tiendas parisinas. Me violentaba esa manera de ser hippie. Entre negocio y negocio me preguntaba qué me habría conducido a esa situación. Pasó una semana: yo seguía correteando artesanías. Nuestra vida había adquirido el ritual de un comercio. Sólo se hablaba de ventas, itinerarios y facturas. Él era mi jefe y yo, sin haberlo decidido, me había convertido en una empleada que no cobraba. La inercia siguió unos días más hasta que mi malestar me hizo ver todo muy claro. No fue agradable lo que descubrí, pero para qué hacerme trampa. Entendí que él no veía en ese viaje una oportunidad para reencontrarnos sino absurda perspectiva para ampliar sus magros ingresos. Como sólo hablaba castellano, sin mi ayuda no hubiese cerrado ninguna transacción. Por lo demás, la plata del auto sólo le alcanzó para el pasaje. Le venía bien vivir en la casa que yo había conseguido y que era de una amiga que me la había canjeado por la mía en Buenos Aires. No sé si habrá sido una exageración, pero me sentí usada. Lo eché con la soberbia de quien se siente dueño de algo -de una situación, de un espacio- sin comunicarle las conclusiones a las que había llegado. Cerré la puerta, solté un par de lágrimas y seguí paseando.

No supe más de él hasta que llegué a Buenos Aires. El sabía cómo hacerme sentir culpable y lo logró. Me enteré de que me había andado buscando, tratando de averiguar qué era de mi vida. Había hecho unos relatos de nuestro trecho europeo en lo que yo era la malvada y él mi pobre víctima. Decidí abreviarle el camino: lo llamé. Quedamos en vernos y ese encuentro tuvo la magia que me hizo borrar sus miseria y me devolvía la alegría de volver a

creerle. Esa misma tarde -recuerdo que era viernes- le mandé una carta de amor con un motoquero. En realidad no era exactamente una carta: había arrancado la hoja de un libro cuyas palabras me parecían muy adecuadas para mis sentimientos. Contaba con que no las entendiera, pero también contaba con un próximo encuentro donde yo podría explicárselas: *Alucino lo que deseo... Todo lo que no es total me parece parsimonioso... Cada herida viene más de una duda que de una traición...*

Todo el fin de semana esperé su llamado. El teléfono no sonó mucho: otras personas. El lunes, muy temprano, me llamó. Me dijo que estaba preocupado. Le respondí que yo también, sin saber que nuestras preocupaciones tenían orígenes diferentes. No me mencionó la carta. Sólo me habló de una cuenta de teléfono con todas mis llamadas a cobrar desde Europa. La cifra, para él, era muy alta. Le parecía justo que yo las pagara porque, después de todo, la que había necesitado hablarle era yo. Le pregunté cuánto era y accedí a pagarle la mitad: si se trataba de ser miserables, iba a superarlo. Con otro motoquero le mandé el dinero, un billete de cien dólares adentro de un sobre lacrado y en blanco. Esa fue la primera vez que pensé en matarlo.

Nunca hablamos de la carta; en realidad no volvimos a hablar de nada que tuviese algún sentido o una relación con los sentimientos. El último día que nos comunicamos, me dijo que se iba a Brasil a ver a un cliente que habíamos conocido juntos. Me lo dijo por teléfono, llamada local, desde tu taller a mi estudio. No volví a verlo y sospecho de la versión del cliente.

Desde entonces tengo malos sueños. Temo que sea su alma en pena lo que me perturba cada noche, sin dejarme dormir tranquila, provocándome pesadillas o acrecentando mi insomnio. Hay algo seguro: descansa él o descanso yo. Tengo que reconocerlo: yo, todavía, no puedo.

CHICA FÁCIL

Cuando subí al autobús el hombre ya estaba allí, de pie, como esperándome. Era la primera vez que lo veía. Hacía frío, aunque era una tarde de primavera. Yo iba tapada hasta los dientes, llevaba puestos un par de guantes negros y un sombrero de mate-lassé; ostentaba un cierto desaliño que delataba mis labios mal pintados con un rouge rojo fuerte que hacía mi boca más grande, más violenta y, sobre todo, la cargaba de un vicio que escapaba a todo control sobre mis intenciones. Me miró directo a los labios y yo, pasándome la lengua por los contornos, bajé los ojos apenas ruborizada. Después de pagar mi boleto me senté y pasé de largo al hombre, que ya parecía haberme olvidado. Ahora miraba, con una concentración que me pareció ofensiva, unos apuntes de su agenda. El hombre estaba de pie aunque había asientos vacíos. Yo busqué uno atrás, junto a la ventana, al lado de una mujer que parecía un ama de casa que, a juzgar por los paquetes, había aprovechado las ofertas de fin de temporada de las Galerías Pacífico. A las pocas cuerdas el autobús dio una de esas frenadas en las que los cuerpos pierden control contra toda voluntad y se resbalan; la mujer, no sé si por el susto o porque ya había llegado a su destino, se bajó y fue entonces cuando el hombre vino, decidido, a mi lado. Lo vi por el rabillo precavido de mi ojo izquierdo: vi

cómo volvía a clavarme la mirada en la boca y presentí que estaba a punto de decirme algo en el mismo momento que escuché que me hablaba. Lo miré y me impresionó su belleza. Tenía una cara fresca de ángulos marcados, unos ojos claros y profundos, una piel de apariencia suave; era flaco y lampiño, con un cuerpo trabajado y melena de mujer; olía caro. En general en los autobuses no viaja gente así; también es verdad que un ejemplar como yo es de raro tránsito en un transporte público. Así que cuando vi al hombre sentado a mi lado pensé que estaba buscando una aliada para atravesar el curso de esas aguas desconocidas pero carentes de peligro. Sin conocerlo, supuse que el hombre ya sabía que pertenecíamos a mundos parecidos. Cuando me habló, me dijo que quería hacerme dos preguntas y yo lo alenté para que se atreviera, asintiendo con mis ojos oscuros. Sin vueltas, que quería saber mi nombre y mi teléfono. Me reí, cortito y suave para que nadie sintiera. Y enseguida le dije que de ninguna manera. Le pedí por favor -y fui sincera- que no se ofendiese. Traté de que no quedara en ridículo, le dije que ese tipo de cosas a veces sucedían. Me estaba refiriendo, concretamente, a mi negativa. Lo suyo había sido un buen intento pero yo no estaba en mi punto. O al menos eso pretendía. Me dediqué a mirar por la ventana mientras la velocidad del autobús hacía que mis ojos barrieran edificios semiderruidos y cordones de acera colmados de basura. Olvidé al hombre y me concentré en la miseria. Sin embargo, a pesar del espectáculo, algo me hacía estar pendiente de su presencia. Un sudor premonitorio empezó a recorrerme el cuerpo. Cuando estaba distraída mirando como un linyera rompía una bolsa de basura de la que salían cáscaras de naranja en la esquina de Alem y Tucumán, en la vereda más cercana al río, el hombre se decidió. Al principio no me di cuenta, pero cuando doblamos la esquina, rumbo a Azopardo, ya no tuve dudas: su mano derecha avanzaba con decisión por mi

entrepierna. En realidad no me sorprendí en lo más mínimo. Lo estaba esperando desde el principio, desde que me subí y él me devoró los labios con la mirada. Yo sólo esperaba acción y de alguna manera me había defraudado la suavidad de sus preguntas. Pero volviendo a mi entrepierna, le quité a mano instintivamente pero sin excesivo convencimiento, cosa que él tomó, estoy segura, como una invitación. En su segundo intento la mano cayó más firme sobre mi muslo, también más arriba. Cuando estuvo bien arriba, su dedo mayor hizo ceder parte de la tela del pantalón, llegó a los botones y empezó a desabrocharlos. Yo llevaba unos jeans color crudo, pegados a la piel. Cuando su dedo estuvo bien dentro de mí lo apreté entre mis piernas, respiré lo más hondo que pude, sentí alivio, pero enseguida me levanté. Lo tomé de la mano -la mano del dedo que estaba húmedo- y nos bajamos. Estábamos cerca del puerto y todavía había demasiada luz. Caminamos, como si siempre lo hubiésemos hecho, hacia unos silos oscuros y silenciosos. Allí nos arrinconamos. Él me tocaba con su mano como si tuviese un plan prefijado. Yo sólo miraba y me concentraba en cada uno de sus roces. Me limitaba a indicarle el recorrido. No dejé que me limpiara el rouge de los labios ni que su lengua rozase alguna parte de mi cuerpo. Sólo quería su mano, su palma tensa y sus dedos largos tanteando entre la tela y mi piel. Así recorrió mi cara, la frente, las cejas, el mentón y los labios. Luego bajó a mis hombros y llegó directo al pecho. Se detuvo en sus contornos y tuve que atajarlo para que no me mordiera un pezón. En cambio, lo dejé retorcerlos a su gusto con sus dedos. Llegó al vientre, puso uno de sus dedos (no sé cual) en mi ombligo y luego, con ese mismo dedo, se deslizó hasta mi entrepierna y fue lo más adentro que pudo. Yo lo acompañé moviéndome despacio. En ese momento empecé a latir con tanta fuerza que casi me resultó insoportable. Lo tomé de la muñeca y lo aparté con suavidad y decisión. Había llegado mi

turno y fui directo al punto. Quería hacerle con mi lengua lo que él había hecho con su mano. Con la boca le abrí la bragueta e indagué. Me sorprendí: allí faltaba algo o había otra cosa. Un pubis tan frondoso como el mío fue lo que descubrí y recién entonces entendí su mirada ambigua, su pelo de mujer, su olor caro. Me puse de pie. Sólo por el descubrimiento le ofrecí mi boca y dejé que me arrebatara el rouge de los labios en un beso tenue, demorado y amplio, y me ocupé de que su pubis rozara con fuerza contra el mío. Con el mentón todavía húmedo me fui alejando. Le dije *muchas gracias* y salí de la zona de los silos. Volví a pintarme los labios de memoria y sin espejo. Ella no me siguió. Probablemente se quedó entre los marineros.

EL FILO DE LA NAVAJA

Parte de esta historia no me pertenece. Cuando Mirna me dijo que él le había hecho el amor con una cuchilla afilada rozándole el cuello, le pedí más detalles. Y me los dio. Mirna había estado casada con un Barón de no sé qué realeza y él -el de la cuchilla- siempre había envidiado al Barón. El de la cuchilla no sabía que Mirna existía. Sólo deseaba aquello que todavía no conocía. Así que cuando un día Mirna se le cruzó en el camino, él quiso convertirla en algo suyo por el mero hecho de que Mirna pertenecía al Barón. Mi amiga Mirna siempre fue una mujer presumida y por el abuso de ese atributo cayó en la trampa tendida por el de la cuchilla con la ingenuidad de la que sólo es un niña inexperta hubiese sido capaz. Al principio, Mirna pensó que el de la cuchilla había quedado prendado de ella como tantos otros. Error. Cuando ella dejó de pertenecerle al Barón, el de la cuchilla posó sus ojos en mí. Por eso parte de esta historia no me pertenece.

En cuanto al problemita de la supuesta traición, Mirna nunca fue lo que se dice una verdadera amiga. Sólo compartimos unas cuantas salidas nocturnas, el gusto por algunas bebidas alcohólicas, la compulsión intermitente hacia ciertas drogas, el entusiasmo por algunas bandas de rock y, por supuesto, el típico chismorreó femenino basado en el intercambio de hazañas sexuales y

desilusiones causadas por la insistencia de creer en el amor. Por esto último supe que a Mirna el de la cuchilla le importaba poco y que no se privaba de engañarlo cada vez que se le ocurría. Le divertía con locura su manera de ser salvaje: Mirna soñaba con que, tarde o temprano, el de la cuchilla iba a lograr que brotara sangre de alguna vena averiada de su cuello maltrecho. A Mirna le gustaba la sangre. Por lo que me contaba, me daba cuenta de que el de la cuchilla no iba a llegar con ella tan lejos. Las cicatrices en el cuerpo de una mujer eran, para el de la cuchilla, la más tierna pero también la más desenfadada declaración de amor.

El de la cuchilla y yo nos conocimos por casualidad en una disco cercana a los suburbios, en un concierto de una banda de rock duro. Empecé a hablar con el de la cuchilla por pura intriga. Era tanto lo que había escuchado de él que me interesaba, más que ninguna otra cosa, entender como podía llegar a pensar o a comportarse quien se atrevía a fraguarle amor a una mujer con un arma blanca en la mano. El de la cuchilla fue muy directo y en ningún momento ocultó su interés hacia mí. Lejos de causarme rubor o perturbación, vi allí un halago. No quedaban dudas: muy pronto yo también iba a saber de qué se trataba eso de hacer el amor un filo a milímetros de la piel. La simple idea me excitaba tanto que sólo pensaba en cómo el de la cuchilla y yo podíamos dejar el concierto sin que Mirna se diera cuenta. Yo no tenía ninguna intención de enojarme con ella ni de sustituirla en su relación con el de la cuchilla: se imponía la clandestinidad. Llevé al de la cuchilla a la barra más cercana y le pedí que me invitara un trago. *Tequila*, le dije. El de la cuchilla aceptó y, de paso, se pidió uno para él.

El barman apoyó los vasos sobre la barra. Los tomamos al mismo tiempo y los bebimos de un trago mirándonos a los ojos. Cuando terminamos, volvimos a apoyar los vasos sobre la barra y el de la cuchilla me guió hasta unos sillones de la planta alta. La

banda de rock recién empezaba a tocar y habíamos perdido de vista a Mirna. Era un momento perfecto para mis intenciones y también para las suyas que parecían las mismas que las mías. La zona de los sillones estaba bastante oscura y casi no había nadie. Todo el mundo se concentraba en la pista, tratando de escuchar a la banda. El de la cuchilla y yo buscamos dónde sentarnos. Ningún tipo de conversación medió entre nosotros. La tranquilidad duró apenas un par de segundos: una vez que nos sentamos, el de la cuchilla empezó a besarme. Yo le respondí de inmediato y sin culpas. Mirna estaba lejos de mis pensamientos. Ese día yo vestía una camiseta de media con cuello alto, por lo que mientras el de la cuchilla me besaba yo iba calculando que se lo podía poner complicado el asunto de acceder a mi garganta con su arma.

Mientras me perdía en estos pensamientos, el de la cuchilla ya se había abierta la cremallera de su pantalón de cuero negro y buscaba la de mi jean de leopardo. También la abrió. Hizo lo que suele hacerse en estos casos.

Se agitaba dentro de mí, pero todo parecía demorado, mi ansiedad por que despuntara el filo de su arma era tal que llegué a pensar que no la había traído.

Recién cuando estuvo por acabar, la sacó. En su primer jadeo pude verla: era una navaja suiza, de las comunes, con mango rojo y cruz blanca labrada en la base. Eso me desilusionó un poco, yo esperaba algo más personalizado. En el segundo jadeo me rajó el cuello de la camiseta, en el tercero sentí un leve roce en mi piel, en el cuarto apretó el filo contra mi cuello y acabó. Se abrazó a mí con fuerza y un líquido caliente comenzó a chorrear, gota a gota, por mi pecho. Era sangre. Sangre mía. Me alejé con brusquedad y me toqué el cuello, el tajo no era profundo. Sólo temí que esa marca fuera una declaración de amor. El de la cuchilla, a lo mejor, pretendía quedarse conmigo para siempre.

Estaba en lo cierto, pero en ese momento no pude terminar de aclarar mis pensamientos porque el de la cuchilla no me permitió estar lejos de él por mucho tiempo. Volvió a tomarme entre sus brazos, volvió a ocuparse de mi cuello. Con suavidad lamió el corte y, luego de rodearlo con su saliva, empezó a tragar con voracidad mi sangre. Una explosión de energía me invadió. Mirna nunca me había dicho que el de la cuchilla no era humano. Es probable que no lo supiese.

Anduvimos juntos un tiempo. La sangre de Mirna la compartimos: esa misma noche la tragamos toda en el baño de local. Fue la primera y la única vez que nos excedimos. Mirna no sobrevivió. Después de un tiempo me harté y dejé al de la cuchilla, pero igual estoy condenada a seguir sus métodos. No uso navaja, soy más clásica. Directamente muerdo.

NUNCA DIGAS

LOCA

Hacía tiempo que me aburría hacer el amor con Carlos. No es que bostezase -por supuesto que no- pero tampoco tenía orgasmos. Carlos no lo sabía. Jamás me lo hubiese permitido. Detestaba decepcionarlo. O sea que, de tanto en tanto, mientras Carlos se montaba sobre mí, yo emitía los ruidos necesarios para hacerle creer que él era un campeón, el rey de los machos. Con frecuencia me desconcentraba y veía en el techo insectos imaginarios o imaginaba lombrices enroscándose entre las sábanas. Escuchaba con más cuidado la serie que pasaban en la tevé vecina que sus jadeantes declaraciones de amor. Y elegía, intencionalmente, casi siempre las mismas horas para acurrucarnos en la cama, de modo de no perder la continuidad de los capítulos. Muchas veces le chistaba: sus gemidos de excitación no me permitían entender bien los diálogos. Sólo lo dejaba explayarse a su gusto en las tandas publicitarias. A menudo Carlos me preguntaba si lo sentía. Y su patética pregunta tenía como respuesta una patética mentira. *Sí*.

No se me cruzaba por la cabeza terminar nuestra relación. Supongo que podría haber seguido con ella todo mi vida. Carlos era mi familia: una parte de mi casa, de mi mobiliario, del decorado de mi vida. Yo todavía no distinguía entre un hombre y un electrodoméstico (con el tiempo me fui dando cuenta de la diferencia pero

no mucho). Subestimaba a Carlos y esa falta de estima tuvo sus consecuencias. Pero mientras las cosas ocurrían yo las tomaba como un entretenido juego de naipes.

Lentamente Carlos empezó a darse cuenta de mis distracciones y fue rumiando su reacción en silencio. Mis distracciones se fueron desparramando a otros actos de nuestra vida íntima y sobre todo a nuestra vida social. Yo no disimulaba mi deseo por otros hombres pero la presencia de Carlos era mi coartada perfecta para dejar ese deseo en suspenso. Aunque a veces, no.

Con todo, vi venir su abandono. Una tarde supe que Carlos tenía intenciones de vivirla como nuestro último encuentro. Mis intuiciones no estaban erradas. Carlos pretendió abandonarme después de una escueta conversación en un banco del zoológico, frente a la guarida de los pelícanos. Me puse a llorar. No era un llanto verdadero, lo reconozco. Tenía todo preparado. Recuerdo que por única vez había armado un pañuelo al que le había bordado unas finas capas de cebolla para que las lágrimas no cesaran y sobre todo, para que lo estorbaran a Carlos. No por el olor sino por la abundancia de mi fingida amargura. Actuaba simulando desesperación y haciendo unos ruidos guturales, de carácter animal. Yo era un as en eso de disimular sonidos. Lo que salía de mi garganta era tan desagradable que me espantaba a mí misma y cada vez que emitía uno de esos ruidos, mientras trataba de recomponerme, me preguntaba si no estaría yendo demasiado lejos.

Cuando podía, miraba a Carlos de reojo. No parecía conmovido: estaba más bien incómodo por verme en esa condición. Yo le tomaba la mano y trataba de que me acariciara la cabeza en el típico gesto de calmar a alguien. Pero Carlos no accedía a ningún tipo de movimiento. Su cambio había sido demasiado brusco y yo no podía resignarme. Carlos era ahora una especie de piedra toscamente esculpida, la sombra de un hombre cuyo único signo

vital consistía en la frialdad de su mirada. Y eso sí que yo lo sentía. No creo que Carlos dudara del origen de mis lágrimas (esas dudas sólo las tenía yo). Creo que a esa altura lo nuestro no le importaba en lo más mínimo. Se lo percibía hartito. Intuyo que lo que más deseaba era librarse de una vez de mí. Pero yo no tenía ganas de ponérselo fácil. Carlos había tomado una decisión y era de esos hombres que no suelen cambiarla. Yo lo sabía pero ese saber parecía motivarme cada vez más para no dejarlo tranquilo. Mi plan de lágrimas era bastante infantil y, a todas luces, poco eficaz. Pero fue el mismo Carlos quien me dio la pista para armar una estrategia más sutil y rendidora, que luego, me devolvería una rara mezcla de orgullo con miseria y dolor.

Todavía yo seguía llorando, con los ojos cada vez más desorbitados. Cada tanto repetía una rutina: grito gutural-mirada de reojo para captar reacción-intento de mover sus manos para que acariciara mi cabeza-fracaso. No sé en qué momento de esa sucesión, Carlos se quebró. Abrió por fin la boca y me lo dijo: *Estás loca*. Esas palabras habrían resultado totalmente inofensivas si él no hubiese sido quién era, un prestigioso psicólogo lacaniano. Esta enunciación fue suficiente para conducir mis siguientes pasos. Ya no actuaría sólo un monótono llanto, no. Si Carlos me creía loca, yo desplegaría una serie de acciones que no le dejarían lugar a dudas. Lo que dijo no fue un chiste y durante largo tiempo hice todo lo posible para que se sintiera perseguido por mi locura. Esa locura que él me había inventado.

Siempre me creía la mala de la película, pero resultó que no era así. Nunca hay buenos y malos. Carlos había empezado una historia con su vecina del octavo, una rubia fisicoculturista. Y eso fue, en parte, el motivo de todo, de su abandono y de su agresión. Siempre pensé que si lo nuestro terminaba, Carlos iría corriendo tras las nalgas de una maestra jardinera. Pero Carlos, hay que

reconocerlo, tenía pretensiones un tanto más elevadas, al menos en cuanto a la consistencia de los músculos, menos parecían preocuparle órganos como el cerebro. Carlos la había conocido a través de la ventana. Mientras ella se bañaba, él la espiaba desde la habitación donde estaba la cama en la que solíamos hacer el amor. Desde allí, Carlos trataba de adivinar la textura de los pechos de la rubia que se perfilaban en la ventana esmerilada del baño. Lo que veía le parecía prometedor; luego me confesó -sin cuidar cuánto podía mortificarme- que se moría por tocarlos. Por pura casualidad, una tarde se cruzaron en el ascensor y después de ese encuentro nada pudo separarlos. Ni siquiera yo, que en otros momentos con mi simple ausencia sembraba en Carlos un insostenible estado de angustia.

A pesar de todos -a esas alturas y más allá de mis distracciones- Carlos y yo estábamos a punto de casarnos. Era la quinta vez que le poníamos fecha a nuestra boda. Es justo que lo reconociera: la que siempre había esquivado el compromiso había sido yo. Cada vez, como en una ceremonia previsible, a los dos días de acordar una fecha, yo lo abandonaba. Carlos me perdía el rastro. Yo sabía que me buscaba y que sufría. Sin embargo, no le daba señales: cada vez, yo sabía que volvería. Carlos era el único que lo dudaba. Para mí no existía sobre la tierra nada más tranquilizador que su presencia y nada máspreciado, aunque me aburriera. Alejarme de él era una rara manera de comprobarlo.

Debe haber sido en algunas de esas partidas cuando Carlos, tal vez hastiado y triste, miró por la ventana y descubrió a la rubia. Más allá de los apetitosos perfiles de sus tetas, Carlos me dijo que esa mujer le daba la seguridad que yo le quitaba. Carlos cambió de cuerpo pero mantuvo el plan, porque en ese truco no cambió la ruta que él había trazado para su vida, la vida que había diseñado conmigo. Eso fue, en el fondo, lo que no pude perdonarle. Y fue

también la fuente verdadera de mi desdicha. Carlos y yo, ya lo dije, íbamos a casarnos. Después emprenderíamos una luna de miel en la que visitaríamos a un primo suyo en Montreal. Luego cruzaríamos el océano en un barco hacia Europa. Llegaríamos a Grecia, donde tomaríamos sol desnudos en alguna isla perdida. A nuestro regreso nos mudaríamos a una casa que iríamos construyendo de a poco y con nuestras manos en las afueras de la ciudad. Carlos organizó esa vida conmigo pero la actuó con la rubia. Se casó con ella en la iglesia que habíamos elegidos juntos, con ella fue a Canadá y a Europa, juntos tomaron sol sin ropa frente al Egeo y juntos se construyeron una casa en La Lucila, ladrillo por ladrillo.

No sé por qué razón se quedó con todo el copyright y yo nunca accedí a los derechos sobre mis propios planes. ¿Qué habría pasado si yo hubiese hecho lo mismo? ¿Nos habríamos cruzado en la iglesia, cada uno con su propia boda? ¿Hubiésemos jugado al truco en los salones del barco en el medio de nuestras respectivas luna de miel? ¿Habríamos deseado el cuerpo de cada uno de nuestros cónyuges mientras nos denudábamos al sol en Delfos? ¿Hubiéramos sido vecinos? ¿Se habrían prestado nuestros hijos los triciclos? Nunca supe, hasta poco tiempo después, por qué no había trabado con la rubia otra ruta que les perteneciera.

Carlos -inseguro, ameno, demandante, tan bueno y comprensivo, sueño de toda suegra- nunca había sido quien el decía que era. Él también desplegada su propia cuota de simulacro. A Carlos solo le importaban los planes, no las personas. Con rabia, entendí que la rubia o yo le dábamos igual. O no tanto: él parecía inclinarse por quien le ofrecía menos obstáculos. Me di cuenta que su pegajoso amor era tan falso como cualquiera de mis orgasmos. El punto no fue la traición, sino por quién me había tomado.

Durante todos los años que esperé para volver a encontrarlo, sólo quise volverme loca de verdad. El tiempo que siguió fue un

cóctel degradante que me acercó a la locura, después de todo, volverse loco no es algo que uno pueda decidir así no más. No es un simple acto de voluntad, requiere algo más que trabajo. Sin embargo, logré bordear las fronteras de la demencia y eso me hizo locamente feliz. Tuve tres internaciones, una cuantas horas de camisas de fuerza, curas alternativas, siete brotes, intensos chalecos químicos y abrumadores meses de acompañante terapéutico. Todo muy bien historiado. Cuando me sentí preparada -y por supuesto, no estaba tan loca como parecía: calculen que desde el zoológico habían pasado ocho años- llamé a su consultorio y pedí un turno con un nombre falso. Llegué diez minutos antes, me atendió su secretaria -que me cobró adelantados los cien dólares de la consulta- y, cuando ella me lo indicó, entré al cuarto donde atendía Carlos. Al principio, me parece, no me reconoció. El tiempo no pasa en vano. Aunque no estoy muy segura de que haya podido hacerlo. Yo, sin quitarle los ojos de encima, le extendí una carpeta con mi historia clínica. Me senté de espaldas a él y empecé a contarle de aquella tarde en la que un hombre me había abandonado en el medio del zoológico gritándome que estaba loca. No le vía la cara a Carlos pero mi vida volvía a estar en sus manos. Él había podido echarme de su cama pero no podría hacerlo de su diván. Por fin había vuelto al lugar del que nunca debí haberme ido y, que quede claro, de aquí no quiero moverme.

UNA HISTORIA BARATA

¡Morite!, le dije a mi mamá bajito y mirándola fijo. No era la primera vez que lo hacía y tampoco era la primera vez que esperaba que no me escuchara. Ese día la cosa había sido así: Mi amiga Jazmín me había venido a buscar. Por entonces yo vivía en la puerta del fondo de una casa chorizo. Jazmín vivía al lado, así que la había escuchado venir antes de que golpear la puerta. Siempre estaba pendiente de sus pasos. Era mi vecina y también una de mis mejores amigas -tal vez la única- aunque me llevara como nueve años. Cuando golpeó, yo estaba mirando la tele, dejé de mirar y me acerqué a la puerta. Allí estaba parada Jazmín, invitándome a tomar un helado. Seguro que eran menos de las diez de la noche. También era verano, por lo tanto yo no iba al colegio ni madrugaba. Me gustaba acostarme tarde y me molestaba el calor. No tenía ventilador: sólo una ventana, rectangular y angosta, que daba a la cabecera de mi cama. Sin apuro, después de decirle a Jazmín que me esperara un momento en el patio, fui hasta la cocina para pedirle permiso a mi mamá. Ella no me lo dio. Tampoco me dio explicaciones. Simplemente me dijo que *No* esa palabra fea, corta y tajante.

Cada vez que mi mamá me decía esa palabra yo me quedaba muda y le obedecía. Pero esa vez, quién saber por qué, no fue así.

Ella me pidió que le secara los platos y, sin pensármelo dos veces fui yo la que dijo que no. Sonó menos feo, menos corto y menos tajante: la que lo decía era yo. Fue un alivio porque yo odiaba secar los platos, y lo peor era que mi mamá lo sabía. Esa manera sutil de castigarme sin razón ya me resultaba intolerable. No era el capricho de una nena consentida: mi mamá siempre me decía que no a todo lo que le pedía, creo que muchas veces ni siquiera escuchaba de qué se trataba la cuestión.

Para mi sorpresa, no me pegó un bife, cuando fui yo la que dijo no. Agarró un repasador y se puso a secar, uno a uno, los platos. También empezó a silbar -a desafinar- una canción. No le presté atención; en cambio, me fui tranquila al patio a mirar las estrellas. Una tía linda y joven se había muerto y yo pensaba que se había convertido en un lucero. Por eso, cada vez que podía clavaba mi vista en el cielo y le hablaba, por lo general pidiéndole consejo. No tenía idea de cómo ella podía hacerme llegar su ayuda pero igual le hablaba porque -tal vez sea redundante aclararlo- yo no era una nena feliz. No podría explicar con exactitud la causa pero -pensándolo bien- me parece que mi abuela tenía razón cuando decía, cada vez que podía, que yo era una criatura odiosa. Al menos, así me comportaba. No usaba el término *criatura*. Para no faltar a la verdad, debo decir que me llamaba *mocosa*. Pero ésa siempre me pareció una palabra desagradable, de modo que preferí cambiarlo en mi recuerdo para alivianar, al menos en parte, todo lo que produce disparar mi cabeza hacia aquellos años, los días algo tristes de mi infancia.

Volviendo a lo del patio, me quedé largo rato mirando el cielo y Jazmín se quedó sentada a mi lado, en silencio y esperando. En un momento, después de mucho rato, mi mamá salió con el repasador en la mano y nos dijo que ella nos llevaba a tomar un helado Yo, aunque tenía ganas de tomarlo, dudaba de aceptar su

invitación. No me gustaba que me vieran en la calle con ella. No sé si sería su ropa, su desaliño o esa inexplicable sensación de rechazo físico lo que me impedía aceptar con naturalidad su compañía, pero para mis ojos, mi mamá no era la clase de mujer que yo esperaba que me hubiese parido. Mi mamá, por ese entonces, era una joven nerviosa, con una serie de manías que, aún hoy, me resultan un poco raras. No le gustaba que me sentara en su cama porque me decía que la fricción de mi cola le arrugaba la colcha y ella no soportaba verla estropeada. Tenía arrebatos por los que, después de chillar como enloquecida un largo rato, me dejaba los cinco dedos de su mano derecha dibujados, indistintamente, en alguna de mis piernas o en cualquiera de mis nalgas. De tanto en tanto, también, me amenazaba con internarme pupila en un asilo para niños perturbados. Nunca entendía de qué me hablaba. No le tenía miedo -en el fondo, sabía que no sería capaz- pero lloraba y me avergonzaba esa particular manera suya de ser brutal. De modo que, cada vez que mi mamá tenía un arrebato, yo no bajaba los ojos, la miraba fijo y susurraba con fuerza, tratando que no me delataran los labios. *Morite*. Y eso fue lo que dije cuando llegó esa noche con el repasador y la invitación a la heladería. Pero mi amiga Jazmín habló fuerte y mi mamá no me oyó, sólo prestó atención al entusiasmo de mi amiga cuando aceptó, por ella y por mí, la invitación.

La heladería de helados más ricos quedaba a cinco cuadras, distancia bastante larga como para transitarla cómoda y en silencio con mi mamá. Por suerte estaba Jazmín, que emitía algunos sonidos con su charla. Pero esa noche Jazmín habló poco porque a mi mamá se le dio por las confesiones. En el trayecto de cuatro cuadras pude enterarme de ciertas historias de novios que la abandonaban y de jefes lascivos que le metían mano entre las faldas. Habló algo de mi padre y de cómo, luego de ahogarla en

un mar de dudas y traiciones, la llevó al altar de blanco en una ceremonia sin prisas y de dudoso amor. El relato se estaba poniendo interesante cuando en la quinta cuadro mi mamá lo dijo. Soltó lo del embarazo, lo de las inyecciones que se dejó poner a instancias de mi abuela para abortarme y de los anillos que tuvo que empeñar para conseguir los cien pesos para comprarlas. Sin tomarse un respiro terminó diciendo, como si fuese el final de un mal chiste, que todo había sido peor porque el feto se había arraigado tanto que había nacido yo. Dijo esto y me señaló.

Yo di vuelta la cara y no pensé nada. Miré al heladero y le pedí un cucurucho de dulce de leche con limón. Estaba tan rico que me lo comí rápido. *Morite*, pensé y no pasó nada. Me hubiese gustado pedir otro helado. Frutilla con sambayón. No me atreví. Seguro que mi mamá no me dejaba y no tenía ganas de escucharla decirme que no.